

en esta inteligencia, mandáronse construir cerca de Albania botes bastante capaces para trasladar cinco mil hombres, que marcharon luego por el Hudson á las inmediaciones de Nueva-York; tambien se construyeron frente á la isla de Staten varios hornos para las tropas francesas, y se hicieron en fin todos los preparativos necesarios para comenzar un sitio en toda regla.

Las esperanzas de Washington quedaron sin embargo defraudadas en parte, pues en vez de recibir un refuerzo de doce mil hombres de tropas regulares, se encontró con que al principio de agosto solo podia disponer de cinco mil, número insuficiente para el proyectado sitio. Además de esto supo que de Grasse, á quien se esperaba de un dia á otro, no podria permanecer en la costa americana mas que el mes de octubre, por tener que marchar á Chesapeake; y en vista de **1781.** todas estas circunstancias, Washington cambió repentinamente su plan de operaciones y se propuso hacer caer á Cornwallis en el lazo que dicho jefe parecia estarle preparando.

Mientras se discutia seriamente el ataque en Nueva-York fué interceptada y cayó en manos de Sir Enrique Clinton una carta de Washington en que se daban detalles y pormenores acerca de las operaciones de campaña, y como aquel jefe ignoraba que se hubiese cambiado el plan, creyó naturalmente, en vista del contenido de la citada carta, que el movimiento que hacia el enemigo con direccion á Virginia era simulado y tenia por objeto distraer su atencion de la defensa de Nueva-York. En esta inteligencia hizo todos los esfuerzos imaginables para fortificar aquel punto, permitiendo que las tropas francesas y americanas marcharan hácia el Sud sin molestarlas, mas cuando ya hubo pasado la oportunidad de impedirlo, causóle el mayor

asombro la noticia de que los aliados habian elegido efectivamente á Virginia para centro de sus operaciones combinadas. Con razon dijo el Dr. Ramsay que nunca hubiera podido engañarse á los ingleses con la verdad mejor que en aquella ocasion, tan propicia para atacar á Nueva-York.

Al llegar aquí, nada mas oportuno que citar el párrafo de una carta que escribió Washington algunos años despues, en contestacion á ciertas preguntas que se le dirigieron. Hélo aquí: «El año anterior á 1781, se concertó un plan de operaciones para las fuerzas de mar y tierra de Francia en América, mas no se fijó el punto de ataque porque se ignoraba cuál seria el lado mas débil del enemigo (*) y porque, siendo dueños de las aguas con suficientes medios de transporte, éranos fácil trasladarnos á cualquier punto con la mayor celeridad. Hace ya cerca de doce meses formé el proyecto de hacer creer á todos en general que Nueva-York seria el primer punto de ataque, tanto con el objeto de inducir á los Estados á poner en juego todos los medios posibles para facilitar prontamente auxilios, como para evitar se preparase el enemigo á la defensa en un punto dado. Al efecto habíanse adoptado las oportunas medidas para trasladar con la mayor rapidez á cualquier punto del continente la artillería, los botes, los efectos de guerra y los víveres, pues la dificultad consistia sobre todo, no solo en tener los medios, sino en saber aplicarlos. Antes de la llegada del conde de Grasse habíase resuelto *herir al enemigo en donde fuese mas vulnerable*, á fin de asegurar el éxito, pues el estado de nuestros asuntos era harto deplorable y como por otro lado no nos creia-

(*) No se combinó en este punto desde luego porque el conde de Grasse podia muy bien anunciar oportunamente por medio de un mensajero antes de su marcha de la India Occidental en qué punto le seria mas fácil tocar para que se le comunicaran noticias acerca del plan de operaciones.

mos con fuerzas para intentar nada contra Nueva-York, solo quedaba la duda de atacar á los ingleses en Virginia ó en Charleston. Finalmente, en vista de ciertas comunicaciones y algunos incidentes que no pueden detallarse en una carta, resolvióse que Virginia, por su importancia militar, fuese en *definitiva el verdadero objeto* de la campaña.

»Debo añadir que nunca se pensó atacar á Nueva-York sino en el caso de que debilitada la guarnicion de la plaza por hallarse ocupadas las tropas en las operaciones del Sur, nos ofreciera la seguridad del éxito, con tanta mas razon cuanto que en aquellas circunstancias haciase de todo punto necesario obtener cualquier ventaja por insignificante que fuese para reanimar las esperanzas del pais en medio de la crisis que atravesábamos. Por esto precisamente no hubiera yo acometido empresa alguna sin la completa certeza de obtener un resultado favorable, pues en ninguna otra época podria haber sido un descalabro tan fatal para nuestra causa como entonces.

»Es positivo que se hicieron los mayores esfuerzos para que no comprendiese Sir Enrique Clinton cuál era el verdadero objeto de nuestros planes, á cuyo fin se circularon comunicaciones ficticias y se reunieron cerca de la ciudad numerosos botes y una considerable cantidad de víveres para engañar mejor al enemigo, pero tambien es cierto que no se omitió medio alguno para que no conociese nuestro ejército mis verdaderas intenciones, pues este era seguramente el único medio de guardar el secreto asegurando el éxito de la campaña.»

Despues de adoptar tan acertadas medidas, estableció Washington su campamento en New-Windsor y avanzó sobre Kingsbridge el 21 de julio mientras las tropas francesas, al mando de Rochambeau, y en número de cinco mil hombres salian de Rhode-Island

para reunirse con el comandante en jefe. Con arreglo al plan indicado practicáronse varios movimientos como si se tratase de atacar inmediatamente las líneas inglesas. El 19 de agosto marchó un cuerpo de tropas por el Hudson hácia Dobb's Ferry, aparentemente con el objeto de establecer un puesto permanente en aquellas cercanías; el 20 y 21 el grueso de las fuerzas americanas atravesó el rio por King's Ferry, en tanto que los franceses, dando un rodeo, lo verificaban el 25, y deseando en fin Washington ocultar su objeto cuanto fuese posible, continuó su marcha por algun tiempo como si tratara de atacar á Nueva-York. Cuando ya **1781.** no fué posible disimular mas tiempo, el comandante en jefe se dirigió rápidamente hácia el Sur, y tan diversos habian sido sus movimientos, que Clinton no comprendió las intenciones de su enemigo hasta que éste hubo cruzado el Delaware.

El dia 30 de agosto entraron los ejércitos combinados en Philadelphia, donde fueron recibidos con demostraciones de júbilo, y hácia fines del mismo mes la escuadra del jefe francés de Grasse ancló cerca del cabo Enrique, en cuyo punto le aguardaba un oficial de Lafayette para informarle acerca del estado de los asuntos en Virginia, dándole cuenta del plan de operaciones contra el ejército inglés.

Cornwallis se fortificaba entre tanto con la mayor actividad en York y Gloucester; Lafayette conservaba su posicion en el rio Jacobo á fin de impedir al enemigo que pasara á la Carolina del Norte, y el ejército combinado iba adelantando por el Sur en son de ataque. Con el objeto de cooperar contra Cornwallis, de Grasse destacó cuatro navios de línea y algunas fragatas para bloquear la entrada del rio York y conducir las fuerzas de tierra que habia traído á las órdenes del

marqués de San Simon con destino al campamento de Lafayette. El resto de la flota permaneció á la entrada de la bahía.

Después de hacer los preparativos necesarios para trasladar á su ejército, Washington marchó á Virginia seguido del conde de Rochambeau, y el 14 de setiembre se reunió con Lafayette en Williamsburg.

Como quiera que Cornwallis se había fortificado de una manera imponente y era necesario sitiarse en regla, los aliados que necesitaban mas artillería y otros efectos de campaña, esperaban que los trajese de Rhode-Island una escuadrilla francesa mandada por el conde de Barras, que se había hecho á la vela en Chesapeake tres dias antes que de Grasse. A fin de no tener un encuentro con la flota inglesa, de Barras había permanecido mar adentro. Mientras le estaba esperando de Grasse vió el 5 de setiembre mas allá de los Cabos una flota inglesa de diez y nueve navíos, que era la del almirante Graves, pero avisado por Washington procedió con tanta destreza como prudencia, pues escitando á los ingleses á que abandonaran en parte su anclaje, dió lugar á que el conde de Barras penetrara en la bahía evitando un combate que hubiera podido comprometer la victoria casi segura de los aliados.

Cuando Sir Enrique Clinton se desengañó acerca de las intenciones de Washington, trató de organizar una expedición contra Nueva-Lóndres, á las órdenes del traidor Arnold. Este hombre indigno había desplegado mucho celo contra sus compatriotas, dando al ministerio inglés repetidas pruebas de su actividad y energía. Su *manifesto á los habitantes de América*, publicado poco después de consumir su traición y su *Proclama* á los oficiales y soldados del ejército americano, bastaron para que el gabinete británico no dudase de su

celo y lealtad, y es indudable que todos creyeron haber hecho una gran adquisición al comprar por un precio enorme á un hombre tan degradado. Su llamamiento á las tropas americanas fué objeto de burla y desprecio por parte de aquellas, y lo extraño es, según observa muy bien Mr. Sparks, que tan inicuas protestas se sancionaran por el jefe inglés, quien permitió se publicasen diariamente en el *Diario* con el consentimiento de su autoridad. ¿Cómo era posible que Arnold no comprendiese que el efecto de sus medidas sería contrario á sus intereses y deseos? ¿Quién había de reunirse con un traidor para tomar parte en sus infamias? y sobre todo, ¿quién se dejaría seducir por la falsedad é hipocresía de aquel hombre tan audaz como perverso?

A principios de setiembre Arnold marchó en expedición contra Nueva-Lóndres, empresa que deseaba llevar á cabo cuanto antes no solo para saciar sus deseos de venganza, sino también con el objeto de apoderarse del botín que cayese en sus manos. Arnold cruzó el Sound, desembarcó en la embocadura del Thames con todas sus tropas, que formó en dos divisiones, y mientras una de estas marchaba sobre Nueva-Lóndres, y apoderándose del fuerte Trumbull penetraba en la ciudad, la otra cruzó por la parte oriental del río dirigiéndose á la tierra alta á fin de atacar el fuerte Griswold. Esta plaza estaba defendida por un cuerpo de milicia, cuyos individuos, que en su mayor parte eran padres de las familias de los alrededores, se reunieron apresuradamente á las órdenes del coronel Ledyard y se defendieron con la mayor resolución matando á muchos de sus enemigos, si bien al fin tuvieron que ceder ante el número. Al entrar los ingleses en el fuerte, gritó Bromfield, un tory de Nueva Jersey:—¿Quién manda aquí?—Yo era el

jefe, repuso el coronel entregando su espada, pero ahora lo sois vos.» Apenas hubo oído estas palabras, Bromfield cogió el acero y atravesó con él el pecho de su generoso adversario en un acceso de furiosa cólera, y aquella fué la señal para que empezase la matanza. Mas de cien hombres fueron sacrificados inhumanamente por la soldadesca brutal, y apenas se contó una familia en el vecino pueblo de Groton que no perdiese un padre, ni casada que no quedara viuda. Nueva-Lóndres fué reducida á cenizas, y una porción de barcas que allí había con ricos cargamentos cayeron en poder del miserable Arnold, que cual otro Neron, púsose á contemplar gozoso el incendio de Nueva-Lóndres deleitándose con refinada crueldad al escuchar los desgarradores lamentos de las viudas y de los huérfanos. Y al volver á Nueva-York, puso el colmo á su audaz villanía presentando un parte en el que todos cuantos fueron asesinados á sangre fría después de la rendición, figuraban como *muer-tos encontrados* en el fuerte! (*)

Viendo Clinton que no era dable apartar á Washington de su propósito con semejantes expediciones, y reconociendo cuán crítica era la situación en que se hallaba Cornwallis, consagró todos sus esfuerzos á mejorar la situación de aquel jefe. En su consecuencia, dirigióle una carta cifrada en la que le manifestaba que á no ser por las averías que sufrieran los buques del almirante Graves habría ido ya á socorrerle, pero que de todos modos esperaba hacerlo el día 5 de octubre con fuerzas de mar y de tierra. Confiando Cornwallis en las promesas de Clinton, retiró sus tropas de las líneas exteriores de de-

(*) Arnold abandonó á Nueva-York en diciembre de 1781 y se trasladó á Inglaterra, donde despreciado por todos los hombres dignos y de pundonor, vivió oscuramente y murió luego en Lóndres en junio de 1801, terminando así su carrera de crímenes.

fensa y se concentró en los estrechos límites de Yorktown.

El ejército aliado, compuesto de unos once mil hombres llegó á Williamsburg el 25 de setiembre, y dirigiéndose el 28 por diferentes caminos á Yorktown, empleó todo el día siguiente en arreglar el plan de ataque. Al mismo tiempo que el ejército combinado acampaba ante dicha ciudad **1781.** anclaba la flota francesa en la embocadura del río, impidiendo así á los ingleses escapar por el agua ó recibir refuerzos ni víveres. La legión de Lauzun y una brigada de milicia compuesta de cuatro mil hombres, al mando del general de Choisy, marcharon á Gloucester Point con objeto de vigilar á los ingleses en este punto.

El día 30 de setiembre comenzó el ataque á Yorktown: las tropas francesas formaron el ala izquierda del ejército combinado extendiéndose desde el río hasta un tremedal que había enfrente de la ciudad; y los americanos componían el ala derecha, ocupando el terreno comprendido entre el río y la plaza. Hasta el 6 de octubre los sitiadores se ocuparon con la mayor actividad en desembarcar su artillería pesada y demás efectos de guerra, conduciéndolos luego desde el río Jacobo al campamento, que distaba seis millas.

En la noche del 6 de agosto se empezó la primera paralela á seiscientas varas de las obras inglesas: la noche oscura y lluviosa era muy á propósito para esta operación, y los sitiadores no perdieron un solo hombre, sin duda porque los sitiados no sospecharon nada hasta que vino el día y les permitió ver las trincheras suficientemente adelantadas para que los enemigos pudieran resguardarse del fuego de la fortificación. En la noche del 9 completáronse las baterías á pesar de la oposición de los sitiados, é inmediatamente se rompió el fuego contra la ciudad

con piezas de á veinticuatro y diez y ocho, y morteros de diez pulgadas, que causaron mucho daño en las incompletas obras de la plaza, y apagaron los fuegos del enemigo matando á muchos hombres. Algunas de las bombas y granadas que se arrojaron desde las baterías pasaron sobre la ciudad alcanzando á los buques que se hallaban en el puerto, de los cuales se incendió el *Charon* de veinticuatro cañones y tres grandes transportes que se redujeron completamente á cenizas.

Los sitiadores comenzaron poco despues la segunda paralela á doscientas varas de las obras del enemigo, y como quiera que á la izquierda de la plaza hubiera dos reducos que impedían á los sitiadores continuar los trabajos, se resolvió tomarlos por asalto. A fin de escitar la emulacion se encargó á los franceses, al mando del baron de Viomesnil, la toma de uno de ellos, y los americanos conducidos por Lafayette se encargaron de apoderarse del otro. En la noche del 14 lanzáronse al ataque ambos destacamentos: el coronel Hamilton que conducía la avanzada de los americanos, y el coronel Laurens á la cabeza de ochenta hombres dieron una brillante carga sin disparar un solo tiro y pasando sobre las empalizadas, asaltaron las obras, por todas partes penetrando en ellas con tal rapidez que su pérdida fué insignificante. Aquel reducto estaba

1781. defendido por cuarenta y cinco hombres de los cuales murieron ocho, y quedaron prisioneros diez y siete incluso el mayor Campbell. Aunque el ejército tenía ya conocimiento de la matanza del fuerte Griswold, dice el coronel Hamilton que sus soldados «lejos de imitar actos de barbarie, y olvidando recientes provocaciones perdonaron la vida á todos aquellos que dejaron de resistirse.» Gordon asegura que Lafayette, con

la aprobacion de Washington dispuso que todos cuantos se hallasen en el reducto fueran pasados á cuchillo, pero Marshall dice que ni el coronel Hamilton ni el marqués dieron semejante orden.

El reducto atacado por los franceses estaba defendido por mayor número de hombres y siendo mayor la resistencia, no fué posible apoderarse de aquel sin considerables pérdidas; de los ciento veinte hombres que habia en el reducto al mando de un teniente coronel, murieron diez y ocho y quedaron prisioneros cuarenta y dos, incluso un capitán y dos oficiales subalternos. Los franceses perdieron cien hombres entre muertos y heridos.

El comandante en jefe quedó altamente satisfecho de la intrepidez de las tropas y en la orden del dia siguiente elogió la valerosa conducta del baron de Viomesnil, del marqués de Lafayette y de sus respectivos oficiales y soldados. Ambos reductos quedaron comprendidos aquella noche en la segunda paralela.

La situacion de Cornwallis empezaba á ser desesperada: Clinton acababa de anunciarle que no podrian salir refuerzos de Nueva-York antes del 12 de octubre, y no habia motivos para creer que se pudiera sostener el sitio hasta dicha fecha. Sin embargo, el jefe inglés resolvió hacer una salida á fin de retardar el progreso de las obras americanas, y á eso de las cuatro de la madrugada del 16, un fuerte destacamento á las órdenes del coronel Abercrombie destruyó parte de los trabajos de la segunda paralela, pero tuvo que retirarse al fin sin haber conseguido ninguna ventaja positiva.

Las baterías de los sitiadores contaban ya cerca de cien piezas de grueso calibre. mientras las fortificaciones de los sitiados habian sufrido tanto que apenas se veía la boca de un cañon y en este extremo concí-

bió Cornwallis el atrevido proyecto de forzar el paso para trasladarse á Nueva-York. Su plan era cruzar el rio por la noche en direccion á Gloucester Point, donde los franceses al mando de De Chaisy vigilaban la escasa guarnicion mandada por Tarleton; cortar la línea del enemigo y dirigirse luego á marchas forzadas hácia Nueva-York para reunirse con Clinton. Dejando sus bagajes, enfermos y heridos en poder de los sitiadores, formó con su ejército tres divisiones que debian embarcarse acto continuo: la primera habia cruzado ya el rio desembarcando en Gloucester Point; la segunda estaba en camino y como solo faltaba la tercera y el aire y el agua parecian tranquilos, Cornwallis tenia fundadas esperanzas de poder escapar. Pero de improviso cubrióse el cielo de nubes, rugió el trueno, estalló la tempestad y todos los elementos se desencadenaron á la vez, como si aquella Providencia que parecia velar sobre el pueblo americano, y que ya en otra ocasion salvó al ejército de caer en poder del enemigo, quisiera protegerle entonces por segunda vez. El viento y la lluvia arreciaron de tal modo, que la corriente arrastró los botes y cuando al romper el dia descubrieron los sitiadores á los fugitivos, rompieron sobre ellos un fuego tan nutrido, que los ingleses se dieron por muy contentos con volver á sus desmanteladas fortificaciones.

Este percance hizo perder la última esperanza al ejército británico: resistirse mas tiempo, sobre ser completamente inútil podia ocasionar la pérdida de muchas vidas, y en su consecuencia Lord Cornwallis escribió en 17 de octubre una carta al general Washington pidiendo una suspension de hostilidades por veinticuatro horas, á fin de nombrar comisionados que estipulasen las

condiciones de la capitulacion. Washington contestó inmediatamente manifestando que «su mas ardiente deseo era evitar la efusion de sangre aceptando condiciones que fuesen admisibles, mas como en aquellas circunstancias no podia perder un momento en negociaciones inútiles, deseaba que S. S. hiciera sus proposiciones por escrito para lo cual le concedia una suspension de dos horas. En la inteligencia de que no ofreceria dificultad alguna la negociacion, suspendiéronse las hostilidades hasta la noche, y entretanto el comandante en jefe redactó sus condiciones, que fueron transmitidas á Lord Cornwallis, á quien se manifestó de paso que si las aprobaba se nombrarian inmediatamente los comisionados.

Como Washington no queria perder tiempo, firmóse bien pronto la capitulacion, y el 19 de octubre fueron entregadas á 1781. los aliados las plazas de York y Gloucester. Las principales condiciones de la rendicion eran las siguientes: las tropas se considerarian como prisioneras de guerra del Congreso y de la escuadra francesa; permitiase á los oficiales conservar sus espadas y sus bienes no hallándose estos sujetos á reclamacion alguna por parte de los habitantes de los Estados-Unidos; los soldados debian trasladarse á Virginia, Maryland y Pennsylvania, donde se les trataria lo mismo que á las tropas del Congreso, y por último una parte de los oficiales quedaria en el pais con los prisioneros dándose permiso á los demás para que bajo palabra se trasladaran á Europa, á Nueva-York, ó á cualquier punto de América que estuviera en posesion de la Gran Bretaña. Imitando la conducta de los ingleses que no permitieron al general Lincoln salir con sus banderas desplegadas de Charleston cuando se rindió esta ciudad, no se quiso conceder tampoco semejante honor al

general Cornwallis, y el comandante en jefe queriendo dar una prueba de consideración á Lincoln le designó para recibir la sumisión del ejército real en Yorktown, precisamente en la misma forma en que se procedió con él diez y ocho meses antes (*).

El número de prisioneros que cayeron en poder del ejército aliado compuesto entonces de diez y seis mil hombres, incluso la milicia, no bajaba de setecientos, sin contar los marinos. La pérdida de los ingleses durante el sitio fué de unos quinientos á seiscientos hombres, una mitad mas de la que tuvieron los americanos entre muertos y heridos. Precisamente en el día en que se firmaba la capitulación, Clinton se hizo á la vela en Nueva-York para ir en auxilio de Cornwallis, mas al llegar á los cabos de Virginia el 24 de octubre, anunciaron la rendición del ejército y se volvió inmediatamente hácia el Norte.

El Congreso dió las mas espresivas gracias al comandante en jefe, al conde de Rochambeau, al conde de Grasse, á los oficiales de los diferentes cuerpos y á los bravos soldados que combatieron bajo sus órdenes; y al día siguiente de la rendición circuló una orden que terminaba con estas palabras: «Mañana se celebrará el oficio divino para todas las brigadas y divisiones: el comandante en jefe recomienda á todas las tropas que no se hallen de servicio, que asistan al acto para dar gracias al Todopoderoso por la intercesión de la divina

(*) En el *Diario Militar* del Dr. Tacher, págs. 288-90, se encuentra una interesante narración de los sucesos de aquel día. Según parece Lord Cornwallis, alegando que estaba indispuerto, nombró al general O'Hara para que le representase y también se dice que el ejército inglés sacó todo lo que pudo y que la vajilla que había en la mesa del jefe británico era de varias familias particulares. Se calcula que durante los seis meses antes de la rendición de Yorktown el ejército real destruyó una porción de propiedades cuyo valor no bajaría de tres millones de libras esterlinas.

Próvidencia que parece velar por nuestra causa.» El Congreso por su parte publicó una proclama señalando el día 13 de diciembre como día de oración para dar gracias al Altísimo por el triunfo del ejército americano.

A consecuencia de la gran victoria obtenida sobre las tropas reales, fué general la alegría y satisfacción en todo el país, y no pudiendo Washington inducir al conde de Grasse á que siguiese cooperando contra los ingleses en el Sur, destacó dos mil hombres para que fueran á reforzar al general Greene; enviando luego á la mayor parte de su ejército á sus acantonamientos de invierno, cerca de Nueva-York, marchó á Philadelphia, á donde llegó el 27 de noviembre. Las tropas francesas permanecieron en Virginia y el conde de Grasse se hizo á la vela con rumbo á la India Occidental. Durante seis años Washington no dejó nunca de pensar en el porvenir preparándose á todo lo que pudiera suceder: acostumbrado á luchar con las dificultades y contratiempos de que se viera continuamente rodeado, nunca desmayó su valor, y muy lejos de esto, acrecióse ante los peligros por grandes que estos fuesen. El comandante en jefe, sin alucinar-se por esos golpes de fortuna que hicieron creer á muchos que la revolución había concluido, no dejó nunca de hacer los mayores esfuerzos y tomar las debidas precauciones en favor de la causa de su país.

Aunque había sido completo el triunfo de los aliados en Virginia, y se obtuvieron grandes ventajas en las Carolinas en 1781, Washington hizo presente la necesidad de prepararse para otra campaña, y en una carta dirigida al general Greene, decíale lo siguiente: «Trataré de escitar al Congreso á que adopte las mas enérgicas medidas para empezar oportunamente una campaña decisiva el año próximo, pues temo que dando dema-

siada importancia á nuestros últimos triunfos, crea casi terminada nuestra tarea y se deje dominar por la languidez y la inercia. A fin de impedir esto pondré en juego cuantos medios se hallen á mi alcance, y si por desgracia se comete semejante error, no será ciertamente mía la culpa.»

Viendo Lafayette que no empezaría el servicio activo hasta la campaña próxima, pidió y obtuvo permiso del Congreso en el mes de noviembre para volver á Francia (*), y llevó consigo, no solo los acuerdos del Congreso que elogiaban altamente su celo y sus servicios militares, sino también las alabanzas de todo el pueblo americano que tanto le apreciaba y quería. Esperábase confiadamente que este viaje sería ventajoso para la causa de la libertad tanto por las representaciones que haría el marqués, como por la influencia que podría ejercer sobre su gobierno para que este siguiera favoreciendo la causa de los Estados-Unidos.

Mientras Washington marchaba contra Cornwallis, los realistas de la Carolina del Norte conducidos por M'Nell y M'Dougall se hicieron dueños de Hillsborough cogiendo cierto número de prisioneros, pero poco después, M'Nell y algunos de los que le seguían

(*) «En los antiguos cuentos de caballería, según dice en su elegante estilo Juan Quincy Adams, se habla de torneos en los que se presenta repentinamente un caballero desconocido armado de punta en blanco, con la visera caída, penetra en el palenque, y después de romper lanzas con la flor y nata de los paladines allí reunidos á fin de obtener de la reina de la fiesta el premio de la victoria, desaparece de la liza dejando admirados á los espectadores de aquella marcial función. Pero, ¿en qué anales de la historia, en qué ficticio romance, dónde sino en la vida de Lafayette se ha visto á un noble extranjero huir á un país lejano para prestar sus servicios á un pueblo oprimido, abandonando su patria, su rango, su influencia, su familia, sus comodidades y sus tesoros, sin mas objeto que verter su sangre por la causa de la libertad? ¿Quién sino él hubiera

perecieron en un encuentro con los americanos, y aunque perseguido M'Dougall, pudo refugiarse en Wilmington llevando consigo varios prisioneros.

A fines de agosto el mayor Ross hizo una escursión en el territorio del Mohawk á la cabeza de seiscientos hombres entre tropas regulares é indios, los cuales se encontraron en Johnstown con el coronel Willett que mandaba trescientos cincuenta americanos. Habiéndose trabado la pelea, huyeron una parte de estos, mas reforzado Willett con descientos hombres de la milicia, renovóse la acción y los ingleses se pronunciaron en retirada, perseguidos, aunque inútilmente, por Willett. Entre los muertos contábase el infame Walter Butler, uno de los que mas contribuyeron á la matanza en Cherry Valley (*).

El último día del año 1781, salió al fin de la torre de Lóndres, el apreciable patriota Enrique Laurens, encarcelado á principios de octubre de 1780, según ya hemos dicho anteriormente, y que fué tratado con la mayor injusticia y dureza; habíanse hecho varios esfuerzos para inducirle á ceder, mas se resistió siempre, y aquella larga y penosa farsa, conforme la llamó el Dr. Ramsay, terminó al fin con la libertad de la víctima.

estado cinco años consecutivos esponiendo su pecho á las balas enemigas, sufriendo toda clase de vicisitudes, presentándose siempre en los sitios de mas peligro con noble intrepidez, y mostrándose por último en todas ocasiones, arrojado en la batalla, rápido en la ejecución, prudente en el consejo, ingenioso en los medios, magnánimo con el vencido y dispuesto á cada paso á lanzarse el primero en las mas peligrosas empresas? ¿Y qué es todo esto sino el diario de Lafayette desde el día mismo en que trataba de reunir á las dispersas y fugitivas tropas de Brandwine para apoderarse del reduto de Yorktown, sin cuidarse de la sangre que corria de su herida?—J. Q. ADAMS.—Discurso sobre la vida y carácter de Lafayette, págs. 35-36.

(*) Véase la obra del Juez Campbell, titulada: *Border Warfare of Nueva-York*, págs. 208-13.